

LA SOLEDAD DEL ESPECTÁCULO

Alfredo Joignant

Algo importante, aunque banal, quedó de manifiesto en la agria polémica que enfrentó a la DC y al PC a través de sus presidentes: la dimensión de espectáculo y puesta en escena de la política en su dimensión más cruda y grosera.

Tras un prolongado “fuego cruzado” (una metáfora bélica, prima del “fuego amigo”, que son reveladoras de lo que el periodismo entiende por “política”), en el que Pizarro y Tellier se dijeron más o menos de todo (desde que el PC es “cerrado y sectario”, hasta una DC “golpista” y corrupta”), nada puede ser más nefasto para los chilenos de a pié que esta controversia. No porque la entiendan y provoque divisiones entre ellos en virtud de una representación delirante e irrealista de lo que mueve a las personas. Tampoco porque el fondo del asunto sea-de-verdad-interesante, y “actual” para atrapar la imaginación de guerra fría de los chilenos más viejos. Nada de eso. La polémica es fatal porque consagra lo peor de lo que Edelman llamó hace ya mucho la política espectáculo: un vulgar intercambio de ofensas espectaculares entre miembros de la elite de los partidos en el que el ataque no es de frente, sino mediatizado a través de cuñas destinadas a ser consumidas por un puñado de militantes y dirigentes.

Pero lo nefasto de este asunto está en otra parte.

Tras varios días de polémica, Pizarro y Tellier coinciden en una reunión de palacio y, tras palmotearse y casi abrazarse ante las cámaras de televisión, no sólo comunican sino que representan la dimensión cínica del espectáculo político.

Es cierto, la política es una actividad fundamentalmente simbólica, la que está hecha de formas, rituales y actos de habla mediante los que se pretende significar algo: desde un estado de paz entre los hombres, y tal vez de agapè en esa forma de comunidad que es imaginada por Boltanski, hasta sus rupturas. Pero lo que no se debe hacer es representar cínicamente la naturaleza contradictoria de las cosas, so pena de caer en la irrelevancia (lo que es un hecho) y en lo grotesco (lo que está en curso).

El diputado Andrade no se equivoca al felicitar a Pizarro y Tellier (“chiquillos, si la idea es destruir a la Nueva Mayoría, por favor sigan, lo están haciendo estupendo”): no porque el contenido de la controversia sea en sí mismo poderoso para provocar una ruptura política de este lado de la fuerza. No, sería imputarle demasiada performatividad a la controversia. De haber destrucción de la Nueva Mayoría, es porque en su origen se encuentra el cinismo de sus actores, quienes juegan un juego en una escena cada vez más solitaria, casi sin público, en la que se representa la dimensión doble, casi falsa de la política espectáculo.

No faltarán quienes recuerden que la política requiere de públicos, y que su ejercicio es protagonizado por actores, en el doble sentido de la palabra, y que lo que se dice en

el escenario tiene consecuencias. Es cierto. El problema es que quienes generan las consecuencias son los mismos actores siguiendo un guión privado, con público reducido : algo así como una representación teatralizada que sólo interesa a quienes desarrollan una actuación. Y eso es grotesco.